

III. Mi tercer enemigo soy yo mismo. ¡Ah! Éste es el más terrible de todos.

Una cadena, como la de un galeote, ata al hombre espiritual de Jesucristo al viejo hombre de Adán, y estos dos hombres se hacen en mí intestina y continúa guerra.

Levántanse los sentidos contra el espíritu, el placer contra el deber, el goce de los bienes presentes contra la mortificación de Jesucristo; y lo más triste es que el hombre viejo en mí está en connivencia con el mundo y el demonio: parte de mí propio ser me hace traición.

Vengo á ser yo mismo un perpetuo campo de batalla. Combate rudo éste que hacía exclamar á San Pablo: «¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?»

Y pone de respuesta: «La gracia de Dios por Jesucristo.»

Para ser siempre dueño de sí mismo decía: «Mas castigo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre»: lo sujetaba á la ley de Jesucristo.

Pues he ahí lo que debo también hacer yo. — «Mandar en mis sentidos, en mi corazón y en mi espíritu; — gobernarlos como con el timón rige el piloto su nave; — dominarlos como domina un Rey sobre sus súbditos.

Pero ¿y por qué medios? — Por el soberano amor de Jesús, que ha de reinar en mí donde antes reinaba el amor propio.

## DÍA TERCERO

### PRIMERA MEDITACIÓN

#### *El sacerdocio.*

I. No hay en la tierra dignidad que iguale á la del sacerdote.

Supera á la de los Reyes. — Su imperio se ejerce sobre las almas; — sus armas son espirituales; — sus bienes, divinos; — la gloria suya, la de Jesucristo mismo.

Divino es su poder. — Los sacerdotes regeneran las almas para la gracia y la vida eterna. — Tienen las llaves del cielo y del infierno. — Tienen poder sobre el mismo Jesucristo, quien á su voz desciende cada día sobre nuestros altares.

Tienen encomendado por Jesucristo amplio poder de indulto. — Pueden perdonar todos los pecados, y Dios ha prometido ratificar sus sentencias en el cielo.

¡Oh poder formidable y divino, que hasta á Dios alcanza su imperio!

Al sacerdote le sirven los ángeles; — tiembla ante él el demonio; mirale la tierra como ministro de salvación, y el cielo como príncipe que le conquista elegidos.

Jesucristo le ha elevado á ser otro Cristo; un Dios por participación, digámoslo así; un órgano por donde se ejerce sobre el mundo la acción de Jesucristo.



II. El estado del sacerdocio es el más santo.— La vida debe guardar relación á la dignidad.

¡Cuán *pura* debe ser la vida del sacerdote! Más pura, dice San Juan Crisóstomo, que los rayos del sol, porque un sol debe ser él mismo: *Vos estis lux mundi*.

Más incorruptible que la sal que preserva de corrupción las demás substancias: *Vos estis sal terrae*.

Más casto que las vírgenes: ángel en cuerpo mortal debe ser el sacerdote y como muerto ya á toda concupiscencia.

Grande á proporción de su dignidad habrá de ser también su *humildad*; porque todo lo que le ensalza, de Dios es; y todo lo que le rebaja, de sí propio; ya que el hombre por sí propio es solamente miseria, pecado y nada.

Su *caridad* debe ser grande como el mismo Dios, que le ha hecho únicamente ministro suyo de caridad y de misericordia en la tierra.

Su *mansedumbre* debe ser como la de su buen Maestro, á cuyo nombre unían el de la suavidad los pueblos, y á quien amaban los niños, como á la bondad misma. Imagen viviente de Jesucristo debe ser el sacerdote, de suerte que venga á decir á todos con San Pablo: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*.

III. El ministerio del sacerdote es el que más gloria da á Dios.

1.º El sacerdote completa la creación divina, elevando al hombre hasta Dios, y restituyéndole á la imagen y semejanza divinas, que el pecado había manchado y destruido en él: *Recreati in Christo Jesu*; somos por su ministerio regenerados en Jesucristo.

Levanta las ruinas de este magnífico edificio y

lo reconstruye en obra maestra de la gracia, objeto de las complacencias de Dios.— Bautizado el hombre, tórnase hijo de Dios: santificado, vuelve al honor de ser miembro sano del cuerpo místico de Jesucristo, rey espiritual del mundo.

2.º El sacerdote continúa la misión del Salvador en la tierra.

En el altar continúa y lleva á cabo el sacrificio del Calvario, y aplica á las almas los divinos frutos de salvación que de allí brotaron.

En el confesonario purifica las almas en la sangre de Jesucristo, las regenera á la santidad de su amor.

Desde el púlpito anuncia su verdad, su evangelio de amor. Hace reflejar sobre las almas los rayos de aquel Sol divino que ilustra y anima á los hombres de buena voluntad.

Ante el Sagrario adora el sacerdote á Dios oculto por amor, como los ángeles le adoran en la gloria.— Ruega allí por el pueblo, y es poderoso mediador entre Dios y los infelices pecadores.

En el mundo es el sacerdote el amigo de los pobres, el consolador nato de los afligidos y de los enfermos, el padre de todos. Es el hombre de Dios: *Tu autem, o homo Dei!*

¡Qué hermosa y amable misión la del sacerdote! ¡Hacer reinar la verdad, la santidad, el amor de Dios en la tierra,— hacer bien á los hombres!

Pero ¡cuán santo debe ser el sacerdote para servir dignamente al Dios de la santidad, y no perderse como el ángel, ensoberbeciéndose de su dignidad!

¿Cómo adquirirá esta sobresaliente santidad?— Por Jesucristo.

Jesucristo ama á sus sacerdotes; les prodiga todas sus gracias y favores.



Vuela el águila con más facilidad y con mayor poder que un pajarillo: en sus alas está su fuerza: la del sacerdote en el amor supremo de Jesucristo, su Señor.

## SEGUNDA MEDITACIÓN

*Servir á Jesucristo.*

De Jesucristo viene el sacerdote; tal es su divino origen: cuanto tiene y posee viene del amor del Salvador, á quien por lo mismo debe referir la gloria de todo ello: *Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam.*

El sacerdote es del todo para Jesucristo. — Tal es el fin del sacerdocio, el fin de todas las gracias de su excelsa vocación: *Vos autem Christi, Christus autem Dei.* Debe, pues, estar del todo al servicio de Jesucristo, su amabilísimo Señor, como un servidor bueno y fiel.

Tres cualidades requiere este servicio de Jesucristo.

I. La primera, el estar desprendido del mundo. Porque no es posible servir á un tiempo á dos señores, y á dos señores tan opuestos como lo son Jesucristo y el mundo.

Debe, por consiguiente, el sacerdote hallarse muerto á la gloria, placeres, bienes y afectos terrenales. Su gloria, placeres, bienes y afectos están solamente en Jesucristo: *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret; quia vero de mundo non estis, propterea odit vos mundus* (1).

(1) Joann., XV, 19.

¿Amo todavía al mundo? ¿Me ocupan y complacen aún su gloria, sus placeres, sus bienes y afectos? — ¿Me ama á mí el mundo? — ¡Ay! Entonces, ¡desdichado de mí! soy un sacerdote del mundo; no tengo aquella cualidad del sacerdote de Jesucristo que consiste en estar muerto al mundo y vivir escondido con Jesús en Dios: *Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo* (1).

II. La segunda cualidad de un sacerdote de Jesucristo es consagrarse exclusivamente al servicio especial de Jesucristo, al cumplimiento de su santa voluntad y de los deberes del sacerdocio.

El estudio de la santa Ley de Dios debe ir, pues, para él ante todo otro estudio, y excluir todo estudio contrario, peligroso ó inútil para el fin del sacerdocio. — Sería, pues, harto reprehensible é indigno el sacerdote que lo supiese todo menos lo concerniente á Jesucristo, las Sagradas Escrituras, la Teología y Cánones.

El sacerdote debe estar exclusivamente consagrado á su sagrado ministerio. — Pues que todo se sujeta al servicio del Rey, todo desaparece ante Él.

El servicio del prójimo no debe ir sino después del de Jesucristo: al criado se le sirve después que al Amo: *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus*, dijeron los Apóstoles, poniendo en primer lugar entre sus deberes, y antes que el ministerio exterior, el deber de la oración. — Así, pues, las primeras atenciones del ministerio sacerdotal son la oración, la santa Misa, el Oficio divino, la unión á Jesucristo.

(1) Coloss., III.



¡Qué de veces ¡ay! he trabajado yo fuera del campo de mi sacerdocio! *Magni passus sed extra viam!* — ¡Cuántas veces he dejado al Amo por los extraños! — ¡El servicio de Dios por el del mundo! — ¿Qué me dirá el soberano Juez?

III. La tercera cualidad del sacerdote es el dedicarse con entera devoción á la gloria de su Señor por la renuncia y sacrificio de su propia gloria: *Oportet illum crescere, me autem minui*. «Conviene que él crezca y que yo mengüe», decía de Jesucristo San Juan.

Trabajar bien y no esperar más recompensa que la de haber servido á un Señor tan bueno:

Padecer mucho en su servicio, y no querer otro consuelo que el de pertenecer á tal Amo:

Sacrificarlo todo á su servicio, y no querer otro premio que á El mismo: he ahí la vida del buen sacerdote de Jesucristo.

¿Es esa mi conducta? ¿Pongo en eso el deseo? ¿Tengo ahí mi felicidad? ¿Sí? En tal caso para mí se dijeron aquellas palabras: *Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam; intra in gaudium Domini tui*.

#### TERCERA MEDITACIÓN

##### *Espíritu de Jesús en el sacerdote.*

El sacerdote debe vivir del espíritu de Jesús: *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est. — Spiritus est qui vivificat. — Si quis spiritus Christi non habet, hic non est ejus* (1).

(1) Rom., XIII.

Y el espíritu de Jesús es espíritu de verdad y de amor.

#### I. Espíritu de verdad.

— Jesucristo vino á disipar, como altísima lumbre divina, las tinieblas del error. — A todos predicó la verdad; dió testimonio fiel de ella, y selló ese testimonio con su sangre. — Él es la verdad: *Ego sum veritas. — Ad hoc veni, ut testimonium perhibeam veritati*.

He ahí la regla, la misión, la corona del sacerdote: la mía. Debo vivir de la verdad de Jesús; ella ha de ser la invariable é inflexible regla de mi vida: *Vos estis lux mundi*. La verdad es mi vida, y ella debe ser mi alimento de cada día en la meditación y en el estudio de las ciencias sagradas.

Jesucristo me ha puesto para apóstol, defensor, testigo, y ojalá también para mártir de su verdad.

— No debo, pues, avergonzarme de ella, que sería avergonzarme de mi Señor, abjurar mi sacerdocio y mi fe. — Debo, pues, anunciarla intrépido en su vigor y pureza, así á los grandes como á los pequeños, así en la paz como en la guerra: *Vos eritis mihi testes*.

— La verdad es mi espada de dos filos, el cetro real de mi sacerdocio.

Para mantenerme siempre fiel á la verdad preciso es que le tenga amor, que de ella viva y esté dispuesto á morir por ella.

II. El espíritu de Jesús es un espíritu de amor. — Jesús es el amor divino en forma humana, hecho visible y sensible.

1.º Lleno de mansedumbre y misericordia se nos ofrece el amor de Jesús: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus... Discite á me quia mitis sum, et humilis corde*.

¡Oh cuán manso y paciente conmigo ha sido este



corazón de Jesús cuando yo le ofendía y no le amaba!—¡Cuán compasivo y caritativo cuando yo era infeliz por mi culpa, habiéndome alejado de él!—¡ Con qué afecto paterno y hasta con qué miramientos me ha perdonado!

Así debo yo portarme con los demás; que no haré en ello más que responder á las bondades que primero ha usado Jesús conmigo, y á lo que, en cambio, por reconocimiento me pide.

2.º El amor de Jesús es generoso; me da cuanto tiene: su verdad, su gracia, su gloria, su vida, su muerte.—Me da cuanto es en el Santísimo Sacramento del altar, sin reservarse nada.

¡Oh qué amor! ¿Quién ama así? ¿Quién puede amarme como me ha amado Jesucristo? ¿Qué haré yo por Él?—Le daré todo cuanto tengo, me daré á mí mismo: *Dilectus meus mihi et ego illi.*

3.º El amor de Jesús es fuerte como la muerte: *Fortis est ut mors dilectio.*

Para probármelo ha querido padecer hambre, sed, pobreza, desprecios y humillaciones.—Ha querido padecer el dolor, darme su sangre toda, morir en una cruz en medio de dolores y desamparo y de las maldiciones de todo su pueblo.—Y á mí era á quien miraba en esto su amor: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

Menester es, pues, que yo padezca también por el amor de Jesús, si quiero probarle que mi amor es sincero y desinteresado.—Menester es que abrace la cruz de Jesús, que me crucifique en esa cruz y que quiera ser en la misma crucificado por Dios y los hombres, y que en ella muera por amor suyo: *Quis me separabit a charitate Christi?—Sed in his superamus propter eum qui dilexit nos.*

## DÍA CUARTO

## PRIMERA MEDITACIÓN

*Servir á Jesucristo siguiendo los ejemplos de María Santísima.*

Participando el sacerdote de la dignidad de María, le corresponde también compartir sus deberes y servir á Jesucristo como le sirvió la Santísima Virgen.

La cual ha servido á Jesús con grande espíritu de pureza y de amor.

I. Espíritu de pureza de María Santísima.—María fué inmaculada ya en su creación, porque Dios no puede habitar en un corazón impuro: *Qui pascitur inter lilia.*

Pues también Dios me ha santificado antes de elevarme al sacerdocio, por el cual vengo á ser como padre de Jesucristo: *Sacerdotes parentes Christi.* Jesucristo cada día encarna, como quien dice, en manos del sacerdote, á la manera que encarnó en las purísimas entrañas de la Virgen María. «Santo debe ser el sacerdote—dice San Agustín,—pues que coloca sobre el altar y lleva en sus manos al Dios tres veces Santo.»

María se conservó siempre pura y sin mancha; sirvió á Jesús como lo requiere el Profeta: *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo, aut quis requiescet in monte sancto tuo? Innocens manibus et mundo corde.*



Para servir dignamente á Jesucristo debo, pues, conservarme en estado de gracia, limpio de pecados.—Debería tener, si posible fuese, la pureza de los ángeles que le sirven en la gloria.

La pureza de conciencia, la pureza de vida debe ser mi virtud maestra, que de ella toman las demás su fuerza y hermosura.—Sin ella son las más sublimes virtudes un mero cadáver de virtud, y nada valen las más heroicas acciones.

Necesario es, pues, de toda necesidad el mantenerme puro, para que pueda atreverme á acercarme al santo altar á ser mediador entre Dios y los pecadores.—Preciso es que yo sea puro para purificar á los demás.

¿Cómo me hallo respecto á esta pureza tan propia del sacerdote?—¿La he conservado, embellecido, adornado y perfeccionado como María?—¿Constituye en mí esa pureza un hábito de vida y de estado? Necesario es que así llegue á suceder, pues que soy sacerdote de Jesucristo.

II. Espíritu de amor en María Santísima.—María ha servido á Jesús con el más puro, devoto y desinteresado amor, amándole y sirviéndole por ser Él quien es.

Con el amor más devoto, compartiendo sin quejarse todos sus dolores.

Con el amor más desinteresado, no mirando sino á su beneplácito, sin buscarse á sí misma.

Tal debo yo servir á mi Señor Jesucristo.—Debo servirle no como mercenario, sino como hijo, como un buen servidor cuyo solo interés y deseo es la mayor gloria del amo. Debo consagrarme al servicio de Jesús sin desanimarme por las dificultades, fracasos, humillaciones, persecuciones y padecimien-

tos.—María ha seguido á Jesús hasta el Calvario.

Debo ser desinteresado en el servicio de Jesús.— Soy sacerdote, no para adquirir bienes de fortuna ó hacer fructificar mis haberes, ni para gozar comodidades, sino únicamente para trabajar en el reinado de Jesucristo en las almas, en hacer que sea conocido, amado y servido, y deseando por toda recompensa la de los confesores y de los mártires: servir es reinar.—Consigo lleva su recompensa el amor. Harta felicidad tiene quien ama á Jesús y es de Él amado.

#### SEGUNDA MEDITACIÓN

##### *Dos clases de servidores.*

Dos clases de servidores tiene Dios: sirvenle los unos en el mundo, los otros en la vida religiosa.

I. Los primeros sirven á Dios en la posesión de sus bienes, de sus caudales: pueden trabajar para adquirirlos, pero con justicia y equidad.

Los segundos sirven á Dios por la renuncia de las cosas del siglo, despojándose de sus bienes: dan á Dios, no sólo los frutos, sino también el árbol mismo que los produce.

Sirvenle, no como mercenarios, sino como hijos, sin otra ambición que la gloria de servirle, sin más recompensa que Él mismo.

Practican al pie de la letra aquellas palabras de Jesucristo: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: y ven, sígueme.»

Y en este mundo tendrán el céntuplo prometido á los que todo lo dejan por su amor.



Y Dios será su maternal providencia, que les vestirá y alimentará con tanto cuidado al menos como suelen hacer un buen padre y una buena madre.

II. Los primeros sirven á Dios en la libertad de su voluntad: conságranle los actos, pero no la propiedad de ella.

Los segundos dan y dedican á Dios su libertad y su voluntad, para servirle en la santa obediencia por amor de Él.

Es el mayor y más perfecto sacrificio del hombre. — El de Jesucristo que obedece hasta la muerte, y muerte de cruz.

Es el cumplimiento de la abnegación evangélica como la requiere Jesucristo, de quien quiera ser su discípulo. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, renúnciese á sí mismo.»

Tales son los pobres de espíritu á quienes promete Jesucristo la bienaventuranza. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» El reino de los cielos en este mundo es la paz y el gozo en el Espíritu Santo.— Quien vive en obediencia corre de victoria en victoria, de mérito en mérito. Llena del todo es ante Dios su vida, porque va siempre encauzada por la voluntad de Dios.

III. Los primeros sirven á Dios gozando con sobriedad de los placeres de la vida.

Los segundos le sirven por la mortificación continua en la misma sobriedad.— No dan al cuerpo más que lo necesario respecto á sueño, descanso, alimento y cuidados de la vida. Reducen, como el Apóstol, su cuerpo continuamente á la servidumbre de la virtud. Dan á sus sentidos sólo la libertad del bien, y, en una palabra, se esfuerzan para estar

siempre ante Dios como una hostia pura, santa y agradable á sus ojos.

Dan á su corazón sólo la libertad de amar á Dios, y al prójimo por Dios y en Dios.

No quieren ya más nada para ellos, ni estima, ni afecto personal, ni favores, ni protección, ni dádivas, ni recuerdos humanos.

Amar á Dios es su vida.

Ser amado de Él, su único deseo.

Poseerle, su única ambición.

Aman la vida sólo porque glorifica á Dios; la tierra sólo porque les es un calvario de amor, y el cielo sólo para alabar y bendecir allí eternamente á Dios.

#### TERCERA MEDITACIÓN

##### *Sacrificios de la vida religiosa.*

¿Qué condición nos pone Dios para alcanzar su reino en la vida religiosa? Dejarlo todo por amor suyo.

Debe, pues, quien quiere llegar á ser verdadero discípulo de Jesucristo:

I. Renunciar á la vida civil; es á saber, no tener ya nada propio, estar muerto al mundo.

No tener ya nada propio es reducirse á la situación de un pobre que no tiene nada, nada puede adquirir y vive recibiendo limosna y dando las gracias.—Es el religioso un pobre voluntario á quien la Religión alimenta y sostiene por amor de Jesucristo.

Estar muerto al mundo es no querer vivir ya en su estimación, su afecto, sus honores, sus placeres; es vivir como extranjero y desterrado en la tierra.— Mas ¡feliz pobreza que nos liberta de la esclavitud



de los bienes del mundo, para que seamos enteramente de Dios! ¡Feliz pobreza que nos hace amigos y hermanos de Jesucristo!

Es éste aquel amor perfecto que dice á Dios: — «Os amo, Dios mío, sobre todos los bienes, sobre todos los honores, sobre todas las posiciones brillantes de este mundo, á todo lo cual renuncio por amor vuestro.»

Y Jesucristo responde: «Yo te daré el céntuplo en este mundo, y seré Yo mismo tu recompensa en el otro.»

II. Para ser religioso es además preciso abrazar la continencia y llevar una vida angélica en un cuerpo propenso al pecado.

Y para conservar esta castidad pura y fuerte es preciso abrazar la mortificación de Jesucristo, no dar al cuerpo sino lo necesario, vivir sobriamente, tener á raya los sentidos bajo la ley de la modestia de Jesucristo. — No tener más amor que el de Jesucristo ó el del prójimo, pero en el amor de Jesucristo. — Renunciar, por consiguiente, á toda amistad puramente natural, y con más motivo á las que pudieran tornarse culpables. «Porque estáis ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios»: dice San Pablo.

Pero ¡feliz vida que hace del alma pura el paraíso de delicias de la Santísima Trinidad!

III. El religioso perfecto tiene que constituirse bajo obediencia y renunciar á su propia voluntad por amor á Dios. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo»: dice Jesucristo.

Renunciarse á sí mismo es renunciar uno á su espíritu propio, á su juicio, á sus gustos, á sus propios deseos para seguir como un niño la divina ley de la

obediencia. — Vemos aquí el holocausto total del hombre, un sacrificio siempre nuevo, una inmólación en que se renueva siempre la cruz.

Pero vemos también el amor de Dios siempre activo. Vemos la excelsa virtud del Salvador que en toda su vida dijo palabra ni ejecutó acción que no viniesen pasadas por el tamiz de la obediencia.

Y en la santa obediencia encuentra el religioso toda suerte de gracias, duplica sus méritos, vive en el estado más perfecto y goza de una paz y libertad de espíritu deliciosas.

IV. La vida del religioso tiene que sujetarse á la regla.

Reguladas y determinadas están todas sus acciones, y cogidas sus horas para el servicio de Nuestro Señor.

Sus comidas, como sus horas de descanso, están marcadas por una ley: vemos siempre en él al servidor en servicio de su amo ó dispuesto á lo que le mande. Está como los ángeles del cielo siempre ante el trono de Dios, en actitud de tender el vuelo á la menor señal de su voluntad.

¡Feliz servidumbre que no deja tiempo para la pereza y la sensualidad de la vida! ¡Dichosa esclavitud que hace nuestra vida enteramente de Dios!

Regla bendita: es para el religioso la voz de Dios llena de gracias, colmada de amor.